

4. La *h'ybris*: el hombre que quiere ser dios

Soberbia, orgullo, impiedad, ambición excesiva, tendencia a trascender los propios límites: todos estos aspectos del carácter humano se encuentran reunidos en la palabra griega *h'ybris*, algo así como «desmesura».

Uno de los siete caudillos que hicieron la guerra a Tebas era Capaneo. Hombre violento y orgulloso, llegó al extremo de desafiar a Zeus, manteniendo que no tenía miedo alguno de su venganza; irritado por ello, Zeus lo mató, fulminándolo con su rayo (cfr. Esquilo, *Los Siete contra Tebas*, vv. 422-451). Los rasgos de conducta de Capaneo constituyen un ejemplo típico de lo que los griegos consideraban *h'ybris*. Con su actitud despreciativa hacia el soberano del Olimpo, Capaneo demostraba ignorar el *kósmos*, el orden universal según el cual ningún mortal puede considerarse igual, y mucho menos superior, a los dioses: ello equivaldría a poner en peligro el equilibrio fundamentado en el reconocimiento y respeto por parte de los hombres de los límites impuestos por la propia naturaleza humana, equilibrio fundamental en la cultura griega.

También revela *h'ybris* el comportamiento de Níobe. Ésta, aun siendo una mujer mortal, gozaba de la amistad de la diosa Leto o Latona, lo que es imaginable tan sólo en aquel tiempo de los orígenes en el que hombres y dioses todavía no estaban definitivamente separados. Veamos el mito, tal y como aparece en el canto XXIV de la *Iliada*, contado por Aquiles, que está invitando a cenar a un Príamo sumido en el dolor por la muerte de su hijo Héctor.

Hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus doce vástagos: seis hijas y seis hijos florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató disparando el arco de plata; a aquéllas les dio muerte Artemis, que se complace en tirar flechas, porque su madre Níobe osaba compararse con Leto, la de hermosas mejillas, y decía que ésta sólo había dado a luz dos hijos, y ella había parido muchos; y los de la diosa, no siendo más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron tendidos en su sangre, y no hubo quien los enterrara porque el Crónida había convertido a los hombres en piedras; pero al llegar el décimo día, los celestiales dioses los sepultaron. Y Níobe, cuando se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Se halla actualmente en las rocas de los montes yermos del Sípilo, donde, según dicen, están las grutas de las ninfas que bailan junto al Aqueloo; y aunque convertida en piedra, devora todavía Níobe los dolores y sufrimientos que las deidades le causaron.

Homero, *Iliada* XXIV 602-617, trad. Luis Segalá y Estalella.

Este relato nos permite entender cómo la cultura griega situaba en el mismo nivel de negatividad el orgullo violento de un guerrero —Capaneo— y la soberbia de una madre orgullosa de su propia fecundidad —Níobe—: ambos, en efecto, son considerados culpables porque han sobrepasado los límites asignados a los seres humanos, atreviéndose a desafiar, de un modo u otro, a una divinidad. Sólo en el Tiempo del mito, cuando la realidad todavía está en formación —hasta el punto de que dioses y hom-

bres vivían aún juntos—, podía suceder que una mortal se parangonase con Leto; en el «presente» no se hubieran producido nunca semejantes acontecimientos.

Los seres humanos y los dioses *deben* situar sus respectivos campos de existencia en niveles diferentes, porque sólo así puede mantenerse el *kósmos*, ese *orden* para cuya conservación es necesario que los dos planos —divino y humano— estén separados por una distancia insalvable; eso es lo que está precisamente confirmado por el inevitable castigo sufrido por quienes, manchándose de *h'ybris*, pusieron absurdamente en entredicho un estado de cosas que, como atestigua el fracaso de los demenciales desafíos de Capaneo o de Níobe, es universalmente reconocido como inmutable.

Pero hay otros casos de *h'ybris*. Se contaba que vivía en el tiempo de los mitos un joven hermosísimo, llamado Narciso, que se dedicaba a la caza y desdeñaba el amor que las Ninfas —deidades de los bosques, de las fuentes y de los árboles— le profesaban. Un día, Narciso se comportó con excesiva crueldad y desprecio con una de esas Ninfas, Eco, que ardía en deseos por él. La diosa Némesis, entonces, castigó de una vez por todas la soberbia del joven; mientras Narciso descansaba de las fatigas venatorias junto a una fuente del bosque, vio su propio semblante reflejado en las aguas y se enamoró de su rostro como si le perteneciese a otro. Prendado de su propia imagen, ignorando que aquel rostro era el suyo, Narciso permaneció junto a la fuente hasta que, falto de vida, se transformó en una flor que las Ninfas de los bosques, lamentando la muerte del joven, llamaron con su mismo nombre: el narciso.

¿Por qué incluir a Narciso entre los ejemplos de *h'ybris*? Rechazando a Eco, ya mantiene una cierta conducta «desmesurada», pues Eco, como Ninfa, es una deidad. Pero hay más. Dedicado por entero a la práctica venatoria, Narciso desdeña la unión con el otro sexo, necesaria para la supervivencia del género humano y fundamento de la convivencia civil. Su apego desmedido a un solo aspecto de la realidad —la caza, actividad por lo demás desacreditada, como se ha dicho, entre los griegos— lo lleva a ignorar el amor, elemento esencial de la vida humana, provocando el desequilibrio en aquel firme sistema de valores basado, para el mundo helénico, en la armonía de los contrarios. De modo que Narciso es tan peligroso para el *kósmos* universal como Capaneo o Níobe al desafiar a los dioses: los tres son culpables de *h'ybris* por el exceso que caracteriza sus acciones, ya se manifieste esa *h'ybris* como jactancia o impiedad, ya se revele como dedicación exclusiva a ciertas actividades no esenciales en el hombre, como la caza en el caso de Narciso. Esto resulta inadmisibile para una civilización compleja en la que cada uno debe desarrollar su papel en distintos planos: trabajando, engendrando, dando a luz, viviendo en comunidad con sus semejantes y contribuyendo de ese modo al bienestar común.

Los ejemplos citados demuestran cómo Capaneo, Níobe o Narciso, personajes todos ellos de los tiempos originales, representan, en la realidad «presente» definitivamente constituida, un modelo negativo para los griegos. En consecuencia, los castigos que caen sobre ellos resultan muy importantes para la fundamentación de ese presente, en tanto que sancionan la inalterabilidad del orden garantizado por los dioses y al

cual es necesario someterse para no ser fulminado por el rayo de Zeus o metamorfoseado en fuente o en flor, cosa que no apetece a ningún ser humano. Lo que sí merece la pena es leer la descripción ovidiana del mito de Narciso en el libro III de las *Metamorfosis*: es uno de los momentos perfectos de adecuación mutua entre mitología y poesía, y todo gracias a la *h'ybris* del joven cazador.

5. El rechazo de la inmortalidad: Ulises

Los mitos sancionaban para los griegos —como para cualquier otra cultura, pretérita o contemporánea, que posea un patrimonio propio de relatos sagrados— la posición del hombre en la realidad, dando una explicación a todos los elementos básicos de la existencia: narrando, por ejemplo, el origen de las fuerzas de la naturaleza, de la flora y la fauna, del género humano, de la mujer, de las principales actividades económicas, de la muerte... Las condiciones «actuales» de vida resultaban, además, valoradas precisamente por contraste con *otra* dimensión, la del tiempo mítico en el cual existieron personajes inimaginables en el presente y destinados por eso a desaparecer, a no formar parte de la realidad.

En la dimensión mítica, la distinción entre hombres y dioses presentaba perfiles de incertidumbre. En efecto, mientras que *ahora*, en el «presente», la relación entre ambas partes se lleva a cabo exclusivamente a través del culto, en la época de los orígenes todavía podía suceder que mortales e inmortales comieran o hicieran el amor juntos. Terminando, retomaré este último motivo para mostrar, sirviéndome de un ejemplo tan conocido y significativo, cómo episodios míticos de este tipo proyectan luz acerca del gran aprecio y valoración que le merece a la cultura griega la condición humana. Me refiero a la estancia de Ulises en la isla de Calipso.

El héroe, de vuelta de la guerra de Troya, luego de diferentes peripecias sufridas en el curso de su regreso a la patria, fue a parar a la isla de Ogiqia, donde vivía la ninfa Calipso. Ésta se enamoró del náufrago y lo retuvo en su isla durante siete años, al término de los cuales, y por voluntad del propio Zeus, Ulises reemprendería su viaje a Ítaca, libre de las ataduras amorosas de la Ninfa. Algunos puntos de esta historia me parecen particularmente significativos.

En primer lugar, parece que la voluntad de Zeus y de los demás dioses se opone a una relación estable entre un hombre y una diosa, pues interviene para que Ulises abandone Ogiqia. En esto los dioses se mantienen en su línea habitual de conducta: lo recuerda Calipso, lamentándose de que, tanto en el caso de la inmortal Eos (=la Aurora) enamorada del cazador mortal Orión, como en el amor que sintió Deméter por el héroe Yasión, los dioses hubiesen truncado de raíz esas relaciones, dando muerte al sujeto en ellas implicado. Con mitos de este tipo se fundamentaba la imposibilidad de relaciones así en el «presente». Ese género de relaciones únicamente podía darse

en el tiempo del mito, y ya entonces se daba la necesidad de que el hombre no pudiese salir vivo, o por lo menos ileso, de situaciones similares.

Pero aún más interesante puede resultar una segunda consideración. Ulises —para quien es lícito amar a una diosa, que a cambio se compromete a dispensarlo de la vejez y de la muerte— se muestra aburrido y hasta desesperado por su permanencia en la isla. Se diría que el héroe no desea otra cosa que una vida humana, aunque esté hecha de fatigas, de riesgos, de enfermedades y de muerte. Dejar Ogi-gia, afrontar los nuevos peligros que le esperan, se le presenta como la liberación de una condena, de la condena a ser un dios, un inmortal, algo que no se le antoja soportable.

La propia Calipso, por lo demás, acepta, tras alguna leve protesta, la voluntad de los dioses, pues es consciente de lo irrealizable de sus deseos. Es curioso advertir, por ejemplo, cómo la Ninfa se nutre de un alimento distinto al que ella misma ofrece a Ulises, pero idéntico, en cambio, al que proporciona al dios Hermes, cuando éste llega a la isla a anunciarle la decisión de los dioses. Para Hermes el néctar y la ambrosía, alimento exclusivo de los dioses; para Ulises aquellos alimentos que toman los humanos y que determinan la condición mortal de los hombres. También de esa manera reconoce Calipso el fracaso de su intento por hacer inmortal a su amado huésped.

Una aventura como la de Ulises y Calipso, celeberrima en la antigua Grecia, me parece emblemática para entender de qué manera la cultura helénica, a través de los mitos, quiso dar significación y valor a la existencia humana, presentando incluso los elementos negativos y dolorosos de ésta como dignos de aprecio y de deseo: ése es el sentido que tiene el episodio de Ulises en Ogi-gia. En aquel tiempo de los orígenes, el héroe hubiese podido obtener la inmortalidad; sin embargo, renunció a ella para ser simplemente un hombre.

Luis Alberto de Cuenca